

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 78

40 Cents.

15 AGOSTO  
1926

BIENESTAR MUNICIPAL  
MADRID

MIRA PINOCHO, SI TENDRÉ  
MALA MEMORIA QUE PARA  
ACORDARME DE ALGO  
TENGO QUE HACERME  
UN NUDO EN EL RABO.





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



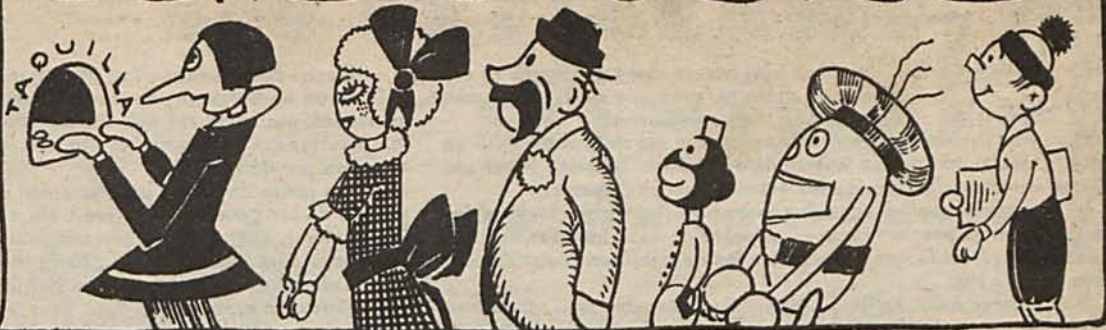


PROGRAMA  
PARA HOY

## EL REY KELLY

*Sensacional!*

# GRAN CINE



### El levantamiento del pueblo.

En la estrecha franja de tierra conocida por el nombre de Península de Papula, situada al norte del mar Coral, bosquejábese la silueta del destructor británico *Huracán*.

Había llegado el *Huracán* a aquel lugar tan apartado con una misión especial. Las autoridades inglesas tenían noticias de que las cosas no andaban muy bien en esta península, pues se decía que sus habitantes estaban gobernados por un negro gigantesco: un aventurero que se había hecho proclamar rey a sí mismo y del cual todo el pueblo estaba descontento. Y la misión de Colin Wood era descubrir lo que había de cierto en aquel rumor y, si era menester, despojar al usurpador de su falso poderío, deportándolo al país a que pertenecía.

Cuando el barco llegó a su destino, Colin Wood le comunicó al primer teniente, Mc. Todd:

—Esta noche llevaré una partida de hombres a tierra y mañana por la mañana me presentaré a ese negro impostor que se hace llamar el rey Kelly. Pero antes nos informaremos por los indígenas de la península qué clase de vida lleva el tal Kelly.

Apenas acababa de decir esto, Colin recibió un mensaje del vigía. El mensaje era para anunciarle que una embarcación, que se suponía fuera una piragua tripulada por negros, pasaba en aquel momento por uno de los costados del *Huracán*, cobijándose entre las sombras de la noche. En vista de esto, el capitán ordenó enfocar los reflectores en todas direcciones para descubrir lo que hubiese de cierto, y los reflectores descubrieron, efectivamente, una piragua llena de negros, pintada y engalanada en plan de guerra. Al verse descubiertos los indígenas por tan potente luz, detuvieron la embarcación sorprendidos, y quedaron mirando estúpidamente para los reflectores sin saber qué partido tomar.

Colin Wood ordenó que echaran al agua un bote, en el cual partió él con dirección a la piragua, que seguía sin moverse del radio que alcanzaba la luz.

En uno de los extremos de la embarcación estaba sentado un negro ostentando un alto sombrero adornado con plumas y un manto de piel de mono que le llegaba hasta los pies. En la mano derecha sostenía un bastón corto y cincelado. Indudablemente era la persona más importante de la tripulación y, teniendo en cuenta esto, a él se dirigió Colin.

—¿Hablas inglés?

—Lo hablo, aunque mal.

—Entonces, ¿tendrás la amabilidad de decirme por qué navegáis de este modo, como si fuérais en son de guerra?

—Si te lo diré —respondió el negro con franqueza—. Hoy es para nosotros la *noche grande*. Antes de que salga el sol habremos echado abajo al rey Kelly y recuperado todo lo que él nos ha robado.

—Contadme algo de él —dijo Colin demostrando gran interés—, pues yo vengo aquí solamente a enterarme de la vida del hombre que se hace llamar el rey Kelly. Y quiero saber si es cierto que ese falso rey os trata injustamente, haciéndoos trabajar sin recompensa alguna, y tratando a todos con dureza si a ello se resisten.

—Eso y mucho más ha hecho, porque es un hombre temible —replicó el negro—. Nos ha robado todos nuestros tesoros: el oro y las piedras preciosas que poseíamos y, sin embargo, nadie se atreve a revelarse contra él porque se cree que tiene un poder mágico.

El indígena hizo una pausa con los ojos llameantes de ira.

—A pesar de eso, yo nunca le he temido, capitán blanco. Y he conseguido, al fin, levantar al pueblo contra él y contra los hombres que tiene pagados para guardarle a él y su palacio. Esta noche será el ataque. Al otro lado de la península hay veinte piraguas dispuestas y otras veinte por este lado. Atacaremos y rodearemos el palacio, apoderándonos del rey Kelly y acabando con él y su reinado para siempre.

—Escúchame —dijo Colin—. Tengo interés en ajustar las cuen-

tas yo mismo con ese rey; de modo que vais a aplazar el ataque y dejar que primero hable yo con él.

El negro movió la cabeza negativamente y explicó que era ya imposible aplazarlo aunque él quisiera, porque al otro lado de la península estaban ya las piraguas dispuestas y los habitantes todos en movimiento.

—Y ahora —añadió— tengo que ir a reunirme con ellas, porque ya me he detenido demasiado aquí.

La piragua se alejó, y Colin Wood no hizo ninguna tentativa por detenerla, pues sabía que le sería imposible detener veinte piraguas tripuladas por indígenas dispuestos a pelear, sin tomar antes medidas severas.

### El falso rey.

Media hora más tarde, Colin Wood, acompañado de seis marineros bien armados, subía las escaleras de la regia mansión, edificada con el trabajo de los habitantes de la península para el falso rey.

Hacían guardia, a la entrada, dos corpulentos negrazos, armados con lanzas, que, al ver a los marineros entrar tan decididamente en el palacio, se hicieron a un lado dejando paso. Una vez dentro salieron al encuentro otro negro.

—Llebadme a presencia del rey —ordenó Colin.

El negro se encogió de hombros y respondió:

—El rey no quiere recibir a nadie.

Aunque el rey no quiera, haz lo que te ordeno —replicó Colin Wood.

El negro se inclinó ante el capitán y lo condujo por unas escaleras hasta estar delante de una puerta que abrió de par en par, dejando ver una sala grande, en medio de la cual estaba sentado el falso rey. Este, al ver a Colin, se levantó del sofá en que estaba reclinado. Era, realmente, un gigante, que tendría muy bien dos metros de altura. Iba vestido de un modo muy original, con un uniforme como los que llevan los domadores de circo.

—Oye, tú. ¿Qué vienes hacer aquí —preguntó—. Me parece que no te has enterado de que yo soy el rey de este país.

—Me he enterado, sí, Kelly; pero creo que tu reinado se va a acabar en seguida —repuso Colin con serenidad—. Has hecho todo el dinero que querías; has amedrentado y embaucado a esta gente, consiguiendo tenerla alejada con pagar unos guardias para que te protejan las espaldas. Pero el pueblo ha reaccionado, Kelly, y los indígenas vienen en este momento hacia aquí para asaltar el palacio.

—Esperaba que algo parecido sucediera más tarde o más temprano. ¡Pero seguramente tú vienes a algo más que a eso!

—Efectivamente. Vengo a llevarte conmigo. ¡Ya has hecho bastante daño aquí, y tengo orden de quitarte el trono!

—¡Je, je, je! Pues fácilmente me puedes coger —dijo el negro, y, a la vez que hablaba, levantó una mano por encima de su cabeza—. A esta señal salieron de los rincones en sombra, de la sala, veinte negros armados con lanzas, que apuntaron al pecho de los marineros.

### SUSCRÍBETE SI NO ERES SUSCRITOR SI LO ERES, RENUEVA TU SUSCRICIÓN

Para entrar en el Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores (Primer premio: un «auto» Citroën; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926. Más detalles en este mismo número.





—¡Que ninguno se mueva! —rugió el rey Kelly—. ¡Sólo un paso que deis, se echarán mis hombres sobre vosotros!

Harto comprendió el capitán que la amenaza de Kelly no era en vano, y que si uno de sus marineros o él mismo quisiera hacer uso de sus armas, serían derribados antes de poder disparar.

—¡No dejéis que se vayan! —ordenó Kelly, dirigiéndose a los indígenas en su propia lengua—. ¡Dentro de unos minutos volveré, y entonces veréis lo que les ocurre a los que quieren pasar por encima de este rey!

Y desapareció detrás de un cortinón que tapaba una entrada en forma de arco.

Colin Wood hizo ademán de seguirle, pero apenas avanzó un paso, cuatro indígenas le detuvieron, amenazándole con las lanzas.

—¡Me parece que estáis perdiendo el tiempo —dijo Colin, sin inmutarse—; y mejor sería que lo empleárais en defenderos a vosotros mismos, preparándoos para el ataque que están preparando contra el rey!

—¡Tú, hombre blanco, eres un necio si crees que nadie es capaz de hacer daño al rey Kelly! —replicó uno de los negros—. ¡El tiene un poder mágico y no puede morir; nos lo ha demostrado muchas veces!

—Pues esta noche tendrá ocasión de volver a demostrarlo —afirmó Colin, mirando por la ventana.

Acababa de salir la luna, iluminando el borde de una espesa selva situada a unos doscientos metros del palacio. En aquel momento se dio cuenta de que estaba cogido en la ratonera. El quedarse sin defenderse, a merced de los guardianes del gigante, no encajaba con su manera de ser. Pero, por otra parte, comprendía que, mientras aquellos hombres permaneciesen alerta, ninguna intencional de vencerlos tendría éxito.

Vióse, pues, obligado a esperar por los acontecimientos, teniendo que estar, en unión de sus compañeros, rodeado por un círculo de lanzas.

Después de un largo rato de espera, Colin dijo en voz alta:

—El rey tarda mucho en volver, y si no viene pronto los marineros de mi barco, que están en la bahía, preocupados por mi ausencia, cañonearán la península con los enormes cañones del barco.

Creía atemorizarlos con esta amenaza; pero los guardianes siguieron tan impávidos, y uno de ellos afirmó:

—El rey Kelly es mucho más poderoso que el barco que tienes en la bahía. Además, nosotros servimos fielmente a nuestro rey, que nos recompensará algún día con las riquezas que posee.

Colin Wood volvió a mirar por la ventana y exclamó:

—¡Necios! ¡Estáis ciegos! ¡Mirad...!

¡Mirad...! ¡Ahí tenéis a vuestro rey que huye a caballo por la selva, llevándose todas las riquezas que vosotros esperabais compartiera con vosotros!

Efectivamente, el rey Kelly huía montado en un caballo y llevando del diestro otro cargado con su tesoro, tan mal adquirido. En aquel momento estaba ya internándose por la selva.

Al verlo los engañados negros, olvidándose de sus prisioneros, corrieron a la ventana, y Colin, aprovechando la ocasión, exclamó volviéndose a los marineros:

—¡Ala, muchachos! ¡Fuera de aquí y a buscar a Kelly!

Se abalanzaron a la puerta al mismo tiempo que una horda de negros asaltaban el palacio. Los encolerizados indígenas se habían sublevado, dando principio al ataque.

### Salvado del pantano.

—¡Retroceded! ¡Retroceded todos! —gritó Colin Wood sacando el revólver; pero dispuesto a usarlo sólo en caso de necesidad— ¡El rey ha huido!

Los alaridos y gritos de la muchedumbre fueron extinguiéndose para dejar oír la voz del jefe, en quien Colin reconoció al de la piragua, que gritaba:

—¡Eres tú, capitán blanco, el que nos ha traicionado!... ¡Eres tú quien nos priva de ejecutar nuestra venganza! —y acompañó esto con un alarido salvaje que hizo lanzarse escaleras arriba a la turba de indígenas.

Con los guardianes por un lado y el populacho enfurecido por otro, Colin Wood y sus marineros hallábanse en una situación verdaderamente desesperada, y Colin les dijo:

—¡Haced fuego sobre ellos! ¡Hay que atemorizarlos!

Sonaron unos cuantos disparos, y los asaltantes detuviéronse en su avance; pero esto fué sólo momentáneo, y en el momento en que los amotinados renovaron el ataque, los guardianes también les atacaron por detrás.

A una orden de Colin, los marineros empezaron a dar culatazos, y cinco de los guardianes cayeron sin conocimiento en lo alto de las escaleras. Otros se abalanzaron sobre ellos; pero los marineros hiciéronse a un lado, y los guardianes, tropezando en los que estaban en el suelo, cayeron de cabeza por las escaleras abajo en medio de la horda de sublevados.

Aprovechando la confusión que siguió a esto, Colin y los marineros se precipitaron en la sala y se fueron a la ventana. Y como los guardianes se precipitaban detrás de ellos, los marineros se arrojaron a la calle.

Apenas pusieron los pies en el suelo, vieron aparecer por el acantilado a una patrulla de hombres del Huracán, que habían desembarcado poco después de Colin para en el caso de que los necesitaran.

A la vista de aquel refuerzo, los indígenas abandonaron el ataque contra los ingleses, diciéndoles por señas que deseaban la paz.

Colin Wood tomó unos cuantos hombres y se fué en persecución del rey Kelly.

—Es probable que trate de pasar el pantano de la península al continente —dijo Colin al guardia marina Spring—; y si lo consigue entrará en territorio holandés y perderemos ya el derecho sobre él.

Con objeto de cubrir la mayor extensión de terreno posible, la patrulla se dividió por la selva, iluminando el camino con ramas ardiendo.

Cuando salieron otra vez a la luz de la luna, el propio Colin se encontró frente a un sendero rocoso, que cruzaba el pantano, y a cuatrocientos metros de distancia, vió al rey Kelly llevando al caballo cargado con las riquezas; el otro, indudablemente, lo había abandonado.

A pesar de su fuerza descomunal, Kelly caminaba trabajosamente y a Colin no le fué difícil averiguar el motivo, pues Kelly, lo mismo que su caballo, llevaba una pesada carga con el botín atado a los hombros y a la cintura.

El negro, a pesar de que luchaba desesperadamente, vió que no podía seguir adelante sin ser alcanzado por Colin Wood, y se volvió a mirar al intrépido capitán.

Este fué directamente hacia él, y no obstante la ventaja que le llevaba Kelly por su estatura, Colin se echó sobre él dispuesto a emplear el boxeo, deporte que dominaba.

Los brazos del gigante se movían como aspas de molino, y a pesar de su estatura y fuerza, carecía de agilidad, y Colin esquivaba fácilmente

todos los golpes. Y al dar uno de éstos, perdió el equilibrio y cayó en el cenagoso pantano.

En cosa de pocos segundos se hundió hasta el pecho, contribuyendo a ello el peso de su botín. Iba arrastrado a la muerte con horrorosa rapidez.

Colin Wood se echó de bruces sobre el camino, y extendiendo las manos, consiguió coger las correas con que Kelly llevaba atado a la espalda el tesoro, y tiró de ellas con toda su fuerza para evitar el terrorífico descenso del negro en el pantano, lo suficiente para dar tiempo a que los marineros viniesen en su ayuda.

Entre todos sacaron del cieno a Kelly, que parecía todo menos un rey, y al amanecer se embarcaba a bordo del Huracán..., abandonando para siempre el usurpado reino.







(Continuación.)

—¡Doctor, no nos asustéis! —dijo Vicente palideciendo.  
—Más bien quisiera animaros.  
—¿Entonces quedamos aprisionados?  
—Así lo temo, queridos amigos...  
—¿El desprendimiento ha debido ocurrir hacia la desembocadura del canal?

—Sí, Vicente; la oleada que se precipitó sobre nosotros venía de Poniente.

—¡Y qué será ahora de nosotros! ¡Ahora que habíamos triunfado en nuestra empresa!

—No desesperemos aún Vicente —dijo el doctor—. Tiene que haber sido un desprendimiento horroroso; pero puede ser que haya quedado algún paso libre. Además, no creo que llegue a subir el agua tanto que nos ahogue. Debe existir, además, aunque pequeña, una desembocadura al mar Adriático. ¿No te acuerdas?

—Sí, doctor.

—La marea sube quizá y el equilibrio no puede establecerse de pronto, y dentro de algunas horas volverán a bajar las aguas.

—¿Y si el desprendimiento hubiese taponado todo el canal...?

—Aquí tenemos picos, palas y azadones en abundancia, y con paciencia llegaríamos a abrirnos paso.

—¡Con paciencia...! ¿Y no habéis pensado en algún otro peligro que nos amenaza más de cerca?

—¿En cuál, Vicente?

—En la sed. No tenemos más que cinco botellas de agua.

—Y muy pocos víveres —agregó Miguel—. Sólo nos quedarán para cuatro o cinco días, y eso poniéndonos a ración.

—No desesperemos antes de tiempo, amigos. Aún no hemos visto el lugar del desprendimiento y, por lo tanto, no hay que desesperar.

—Construiremos ahora mismo una balsa y con ella intentaremos ver si existe algún paso. En caso contrario lo abriremos.

Los pescadores, alentados por las animosas palabras del doctor, se pusieron a trabajar inmediatamente.

Con un hacha que encontraron entre las diversas herramientas que había en la bodega, demolieron parte de las bordas de la galera, y con otros maderos del casco reunieron el maderamen necesario para la construcción de la balsa.

Una vez construida vaciaron algunas de las cubas para darla más flotabilidad y la botaron al agua.

Vicente embadurnó de alquitrán una maroma, la prendió fuego e iluminó el canal para permitir que Miguel y Roberto, que habían saltado sobre la balsa, terminasen los trabajos con mayor facilidad.

Bastó un par de horas para que todo estuviese terminado.

Durante todo aquel tiempo el agua del canal había seguido subiendo, elevando la galera hasta tal extremo de que sus partes más altas tocaban la bóveda de la galería.

—Vámonos —dijo el doctor cuando todo estuvo dispuesto—. Estoy impaciente por llegar al lugar del hundimiento.

Llevaban consigo las botellas de agua, los pocos víveres que les quedaban y los dos cubos de alquitrán que des- embarcaron.

—¡Adiós, vieja galera! —exclamó Vicente—. ¡Tú no saldrás nunca de tu lóbrega prisión!

—Acabará haciéndose pedazos —dijo el señor Bandi—. Las continuas mareas la harán chocar contra las paredes del canal y la destruirán.

—Será un grave obstáculo que encontrarán a su paso los que después naveguen por el canal.

—¡Bah! ¡Con un cartucho de dinamita la harán saltar. Empuñaron los remos e impulsaron la balsa hacia adelante.

Las sacudidas del terremoto habían dañado no poco las

paredes y las bóvedas de la galería. Grandes grietas se veían por doquier y muchas de sus rocas se mantenían apenas en equilibrio, anunciando caer.

—Mirad a lo alto —dijo el doctor—. De un momento a otro puede sobrevenir una nueva sacudida y echarnos sobre la balsa alguno de esos proyectiles que la hundirían.

—Sólo nos faltaba eso para terminar —contestó Vicente—. Si hubiera sabido antes que la galería se encontraba en tan pésimo estado habría tomado mis precauciones.

—¿Qué hubieras hecho?

—Construir un segundo puente en la balsa, que nos librase las cabezas, de las piedras que pudieran caer.

En aquel momento sufrieron un choque tan fuerte que los cuatro exploradores cayeron sobre la plataforma de la balsa con las piernas en alto.

—¡Un escollol! —dijo Vicente, levantándose de prisa.

—No, es uno de los escombros —dijo Miguel, que se inclinó hacia la proa de la balsa.

El doctor miró hacia arriba y vió que, en efecto, se había desprendido un gran trozo de la bóveda, dejando un enorme boquete.

—Despacito, amigos —exclamó—. No sea que ocurra un hundimiento.

—El canal comienza a hacerse intransitable a causa de los escombros advirtió Vicente—. Va a ser difícil que logremos atravesarle.

—A la izquierda parece que tenemos agua suficiente —dijo Miguel.

—¡Y más adelante la galería está cerrada! —gritó Roberto.

—¿El hundimiento? —preguntó el doctor.

—¡Silencio! Oigo un murmullo de agua allá lejos —dijo Vicente.

—¿Oís?

—Todos escucharon. A unos cincuenta pasos de distancia se oía mugir el agua y un ruido como si después se precipitara cayendo por un paso estrecho.

—¿No oís?

—Sí —contestó el doctor.

—Allí ha sido el hundimiento.

—Remad, amigos, y mirad a lo alto de vez en cuando, no sea que quedemos aquí aplastados.

Hacia el lado izquierdo encontraron un sitio por donde pasar e impulsaron hacia él la balsa, rodeando el escollo que habían formado los escombros. Recorrieron otros cincuenta o sesenta pasos más y hallaron otro enorme montón de piedras y rocas que obstruían por completo la galería.

—Ya no podemos pasar más adelante —dijo Roberto, que iba a proa.

—Vamos a verlo —dijo el doctor—; quizá encontremos algún paso.

—Para nosotros, sí; pero no para la balsa.

—La desharemos y después la construiremos de nuevo. Desgraciadamente no tenemos nuestra canoa, sino esta balsa. Alumbradme un poco.

Roberto tomó la antorcha de alquitrán y arrió su llama para iluminar el lugar del hundimiento.

(Continuaré en el número próximo.)

## LOS SUSCRITORES DE PINOCHO

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, todos son guapos y muchos son guapísimos. En la galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.





# BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Y una vez tomada esta decisión, se puso a preparar la cena.

Por lo que toca al Califa, cuando llegó la noche, hizo venir a Cháfar y a Mesrur, y les dijo:

—Vamos a casa de nuestro amigo Básım el herrero.

—¡Príncipe de los Creyentes! —exclamó Cháfar—. Si esta noche caemos en sus manos, nos quitará la vida, nos aniquilará.

—¡Nada de eso! Esta noche es precisamente cuando nos hemos citado.

—¡Señor! —replicó Cháfar—. Sea lo que quieras, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Tú te obligarás, si Dios te libra de él esta noche, a hacerle beneficios y a honrarlo. Ya es bastante lo que le ha pasado; hasta ahora no le has proporcionado más que fatigas y palos. ¿Hasta cuándo? Esto no está bien, y Dios no se mostrará satisfecho de tu conducta.

—Muy bien —le contestó—. ¿Tanta importancia le das? En atención a ti, lo arregaré todo.

Y hablando, hablando, llegaron a casa de Básım, a quien desde lejos oyeron cantar, muy regocijado.

—¿Oyes, Príncipe de los Creyentes? —dijo Cháfar—. El mozo está contento esta noche y canta.

—Por Dios, que es notable el caso —contestó el Sultán; y no sé qué pensar de él: cada vez que yo lo pongo en situación apurada, Dios lo saca del atolladero.

—Es el Señor quien le protege, y todas las criaturas de la tierra no podrán causarle daño alguno.

Y, acercándose, llamaron a la puerta de Básım, que bajó a abrirles y los recibió con gran afabilidad, haciéndoles más cumplimientos que de ordinario. Les trajo la cena; comieron lo que les pareció y él se puso a hacer bolitas de *haxix* y a tragárselas, como si nada le hubiera sucedido.

—¿Qué te ha pasado hoy? —le preguntó el Califa—. Porque he oído que el Sultán ha reunido a todos los jueces y a sus alguaciles. ¿Ha mandado quizá que vauen los alguaciles?

—Todo esto me es igual —dijo Básım con displicencia—. Efectivamente, el Califa los ha convocado y reunido a todos, yo entre ellos. Ha empezado a hacerles preguntas, y cuando me ha llegado el turno me ha interrogado con insistencia y yo le he respondido. El me asediaba por todos lados, hasta que hube de rendirme y he quedado como un solemne embustero. Entonces ha mandado azotarme, y yo he salido de palacio en un estado lamentable. —¡Que Dios no se lo de a nadie, amigo ni enemigo! —Pero el Señor es más generoso que él! Una mujer se me ha acercado, me ha dado un brazalete de oro y he hecho el papel de vendedor en pública subasta. He logrado colocarlo por cien dinares, he recibido del comprador dos como gratificación y otros tantos de la vendedora. He reunido, pues, dos dinares. De aquí en adelante me dedicaré sólo a vendedor en pública subasta.

—¡Muy bien! —le respondió el Califa—. ¿Y conocías a la mujer que vendía el brazalete?

—Jamás la he visto antes de ahora.

—¿Le has exigido un fiador?

—No.

—¡Mal hecho! Tal vez, querido joven, se demostrará que el brazalete ha sido robado y que la mujer lo ha vendido ilícitamente. Mañana lo reconoce el propietario, ¿y qué haces tú entonces?

—Yo te arreglaré —dijo Básım rápidamente—. ¡Cállate! No me hagas malos agüeros.

—Cortemos —intervino Cháfar— esta conversación inútil y divirtámonos con alguna historia agradable.

Riéndose y entreteniéndose pasaron gran parte de la noche. Luego se despidieron, y cuando ya los tres estaban fuera de la casa, el Califa dijo a Básım:

—Dí amén.

—¡Amén!

—Pido a Dios el altísimo —añadió el Sultán—, señor del trono honrado, por la virtud de Zemzem, del seno de Abraham y de los santos lugares que el brazalete sea reconocido por cosa robada, y que el comprador te lo devuelva, y que el asunto sea llevado a resolución del Gobernador.

—¡Te has salvado, sinvergüenza! —gritó Básım—. Si eso lo dices antes de salir, te rompo la cabeza. ¡Vuelve, vuelve aquí y yo te daré lo que mereces! Te comes mis provisiones y luego haces malos presagios contra mí... Ya lo dice el adagio: «Haces el bien y te encuentras el mal».

El Califa se alejó riendo.

—Parece que esta historia no va a concluir nunca —dijo Cháfar—. Tú a cada momento lo incomodas y no recibes de él más que injurias.

—¿Las injurias —preguntó el Califa— se nos pegan al cuerpo? Por vida de mi cabeza, lo he de convencer de venta ilícita. Haré venir al gobernador, a quien se lo entregaré, y el cual le hará toda clase de perrerías.

\*\*\*

Después de lo cual se separaron. Apenas el día fué anunciado por el gorjeo de los pájaros, el Califa hizo que se le presentara el gobernador.

—Inmediatamente —le ordenó el Sultán— te irás con tus hombres a la puerta del mercado de los orfebres. Enviarás a una vieja que vaya a la tienda de fulano para pedir el brazalete que él compró ayer. Si se lo da, ella le dirá: «Esto es mío y me lo han robado», y se pondrá a alborotar a la puerta de la tienda. Tú cogerás tus hombres e irás a ver qué pendencia es aquella. La vieja, entonces, se querellará ante ti diciendo que el brazalete es suyo y que ella lo reconoce. El comerciante te dirá que él lo ha comprado. Tú le preguntarás dónde está el vendedor y buscaréis a Básım el herrero, a quien prenderéis y conduciréis a mi presencia, así como al comerciante y a la vieja. Si no das con Básım en el zoco, encontrarás en la calle tal su casa, que tiene tal aspecto. Entrarás violentamente en su casa, lo harás bajar y lo traerás aquí. Y ojo con que se te escape, porque en ello te va la cabeza.

—¡Serás obedecido, Príncipe de los Creyentes! —respondió el gobernador haciendo una reverencia.

Salíó a reunir su gente y se fueron a situar a la puerta del zoco de los orfebres. Hizo venir a una vieja a la que instruyó en lo que tenía que hacer. En seguida la vieja trapacera se dirigió a la tienda y dijo:

—¡Buenos días, comerciante!

—¡Buenos días tengas, madre! —le contestó.

—He sabido —continuó la vieja— que ayer compraste un brazalete por cien dinares. ¿Podrás enseñármelo? Si me gusta te haré ganar lo que quieras.

—¡Buen principio! —exclamó el comerciante, y metió mano a una cajita, de donde sacó el brazalete que brillaba.

—¡Desgraciada de mí! —gritó la vieja, cogiendo la joya—. Socorro, musulmanes; socorro. ¡Jamás se pierde una cosa adquirida honradamente! Este brazalete es mío y muy mío; lo he comprado con mi dinero y con mis propios recursos. Me lo han robado y el propietario de la cosa tiene más derecho.

(Continuará en el número próximo.)

Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 ptas.), o un trimestre (5 ptas.)



# EL DIABLO COJUELO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Vivía en un pueblo un hombre muy pobre, que ganaba el sustento necesario a su vida sirviendo de peatón de correo. Yendo un día repartiendo las cartas se halló en extremo intranquilo porque le acometió el presentimiento de que algo grave iba a ocurrirle. Aligeró con este pensamiento el paso cuanto le fué posible para terminar y llegar pronto a casa. Pero como ese día tenía no pocas cartas que repartir, le anocheció antes de que pudiera regresar a ella. La noche era bastante oscura, y al acercarse al pueblo parecióle ver como una especie de lago a su alrededor. Intentó seguir varios caminos para entrar en el pueblo. Mas dondequiera que dirigía la vista se le presentaba el lago, pareciéndole imposible atravesarlo. Encontró, al fin, a una persona harto conocida de todos —se trataba, nada menos, que del Diablo Cojuelo—, quien le preguntó si tenía deseos de llegar a su casa. «Ya lo creo; tal es mi intento.» «Pues te diré que tu mujer te espera muy intranquila», dijo el Diablo, y te está echando mucho de menos; y si me prometes darme lo primero que te salga al encuentro cuando llegues a tu casa, te ayudaré a pasar el agua.»

Cuando el pobre peatón se enteró de lo acaecido, tuvo mayor empeño en llegar más pronto, pensando entre sí: «¿Quién puede salir a mi encuentro, sino el perrito que siempre me recibe con sus caricias cuando llego? Pero mejor será perder ese animalito que no ir toda la noche de un lado para otro sin encontrar la salida.» «Bien», dijo después de una pequeña pausa, «estoy conforme en aceptar tu proposición con tal de que me ayudes a salir de este atolladero y me dirijas pronto al lado de mi esposa.»

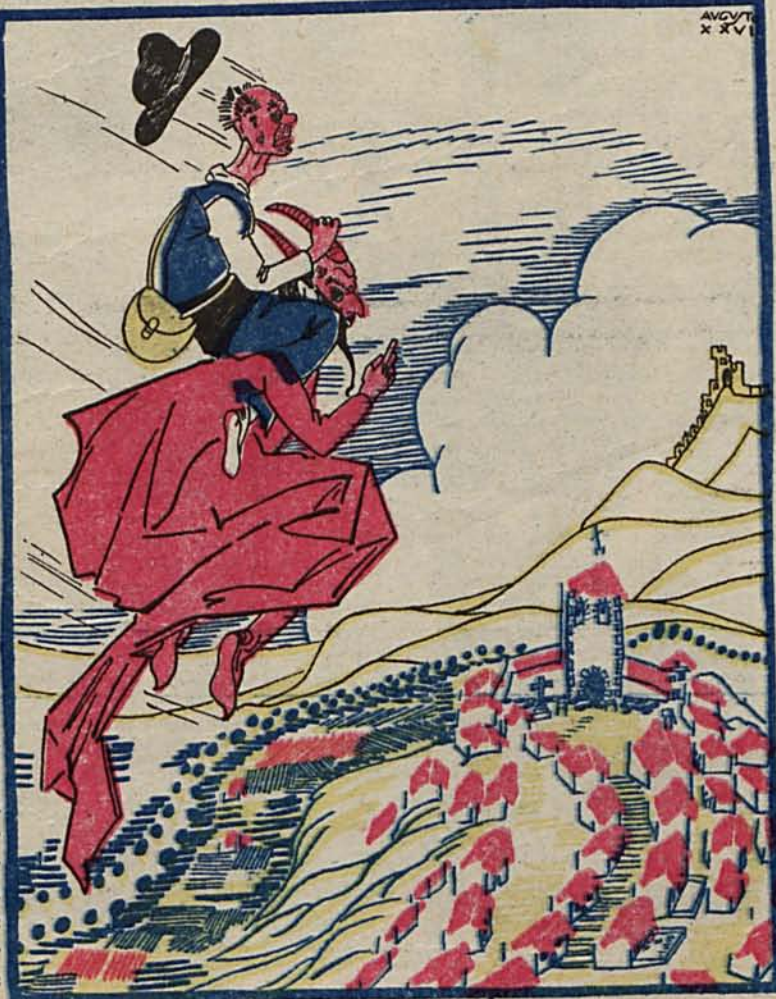
El diablo se echó el peatón al hombro y cruzó por la supuesta agua que no existía, pues que se trataba sólo de un espejismo de imaginación que sufrió el pobre hombre. No tardó en llegar al término de su destino, en donde le dejó el diablo, quien sacando un papel del bolsillo, se lo dio diciéndole: «Ten entendido que el primero que te saldrá al encuentro será tu hijo, y cuando te lo presenten has de tomar una aguja y pincharle en la mano derecha, de la que sacarás tres gotas de sangre, vertiéndolas en el papel para entregármelo. De este modo no te exigiré el niño hasta que cumpla los treinta años.»

El peatón, que no estaba acostumbrado a peripecias tales, quedó asustado y lleno de zozobras, y penetrando en su casa vió que, efectivamente, lo primero que le salió al encuentro fué su hijo, que se lo presentaba

una vieja del pueblo. No se atrevía el peatón a dejar incumplida su palabra al diablo y realizó cuanto éste le ordenó que hiciera, entregándole el escrito consabido con sus correspondientes manchas de sangre que, recibido, desapareció como por encanto. Creció el niño bien desarrollado y despierto y con gran facilidad para asimilarse lo que se le enseñaba, y así aprendió a la perfección a leer y escribir y practicar toda clase de cuentas. El cura del pueblo tomó por él un interés decidido y le ilustró convenientemente, mandándole a la capital para que continuara sus estudios. Fué varias veces a visitar a sus progenitores, si bien su pobre padre lloraba desconsolado siempre que lo veía en su presencia. Una vez terminados sus estudios de clérigo, lo primero que hizo fué ir a su pueblo para dar las gracias más expresivas a su

preceptor por cuanto había hecho por él y para tener la satisfacción de ver y hablar con sus padres, sucediendo entonces lo de siempre: que el peatón, cuando lo vió, no pudo reprimir sus lágrimas y lloró amargamente. El hijo, extrañado de estas lágrimas, manifestó su deseo de saber por qué lloraba siempre que le veía. «Bien», dijo el padre: «te voy a contar tu destino, que he ocultado siempre, hasta hoy, a todo el mundo». Y le manifestó, ce por be, cuanto había sucedido con el Diablo. «¿Por qué no me has dicho eso antes de ahora, padre mío, puesto que ya no quedan sino tres días para que venga por mí, y si me marchó no has de verme nunca más en esta vida?»

Marchóse al campo diciendo esto, en donde cogió tres espigas de centeno. Dirigióse después a la iglesia y echó las espigas en agua bendita. Las guardó en un bolso de cuero que llevaba siempre consigo, y provisto de un palo de caoba, emprendió su viaje. El estudiante anduvo todo el día cuanto pudo hasta llegar la noche, y a poco se halló en medio de un bosque, en el que había una casita solitaria. Llegó a ella y tocó a la puerta. «¿Cómo te atreves a venir por aquí?», le dijeron. «Esta es una infernal madriguera. Tengo doce hijos y todos son bandidos, como yo mismo he sido. Volverán pronto a casa y te darán muerte. Yo no quiero seguir esta vida llena de maldades y te aconsejo te vayas inmediatamente.» «¿No esperaréis ir a la gloria celestial?», preguntó el estudiante. «No», contestó el viejo, que era quien le hablaba. «Es demasiado tarde para mí, pues que tengo ya aparejada la mejor cama que hay en el infierno para cuando llegue. Pero dime, ¿adónde vas tú?» «Pienso ir también al infierno», repuso el estudian-







te, «aunque espero volver, y ya te contaré entonces lo que llaman allí la mejor cama.» Y el estudiante, después de contar su historia, siguió su

camino hasta llegar a la misma puerta del infierno. Tocó, y el Diablo Cojuelo fué, precisamente, quien le abrió la puerta. Lo reconoció al punto y, dándole la bienvenida, díjole que había llegado antes del tiempo convenido. Mas el estudiante, sin contestarle palabra, se dirigió al demonio mayor, que por cierto estaba encadenado, y pidióle el escrito que el otro diablo había sacado a su padre con engaños.

«No», le contestó. «¿No has oído que lo que entra en la boca del lobo no es fácil que se pueda sacar otra vez?» Tomó entonces el estudiante el bolso de cuero y una de las espigas de centeno y empezó con ella a dar golpes al demonio encadenado. Es de suponer que le hiciera bastante daño, ya que el viejo endemoniado gritó, chilló y saltó con las cadenas, llamando al Diablo Cojuelo para que le llevara el escrito. Mas éste se escondió, sin contestar al requerimiento. Entonces sacó el estudiante la segunda de las tres espigas y siguió golpeando al satánico viejo, que gritó y chilló con más fuerza que antes para que le llevarasen el escrito. No quiso el diablo tampoco hacerle caso. Pero como el viejo tenía a su servicio criados fieles, les mandó prendiesen al Diablo Cojuelo y que lo echaran al peor foso que había en el infierno para forzarle así a obedecer el mandato, medida que no sirvió de nada, porque el Diablo Cojuelo dijo que aquel hombre era un genio y habría de impedir con su sabiduría entrasen muchas almas necesarias en el infierno. El estudiante, al oírle, sacó la tercera espiga y siguió en su tarea de golpear y molestar a palos al viejo maldito. Este se enfurecía y aullaba y retorciase del dolor que los golpes le producían, ordenando atormentasen al Diablo Cojuelo para que entregase, al fin, el escrito apetecido.

Ni aun esto dió un resultado satisfactorio, por lo que ordenó el viejo a sus fieles servidores que echasen al Diablo Cojuelo a las calderas de Pedro Botero, que constituían la mejor cama del infierno. Pero cuando el Diablo Cojuelo oyó esta palabra siniestra, entregó el escrito que se le pedía, rogándoles no lo echasen en aquel lugar horrible.

Tan pronto como el estudiante tuvo el papel en sus manos, salió del infierno, y regresó por el mismo camino que le había a él conducido. Pasó otra vez por la casita del bosque, topándose con el mismo viejo de la vez anterior.

Contóle cuanto le había acontecido en su viaje; díóle a conocer cuál era la cama mejor que él mis-

mo se había reservado en el infierno, y le aseguró que aún tenía tiempo para convertirse, arrepintiéndose de sus maldades para ganar la gloria. Pero el viejo pecador se obstinaba en decir que era ya demasiado tarde para enmendarse, y que tantos delitos y crímenes pesaban sobre su conciencia, que sería imposible la salvación para su alma. «Sin embargo —replicó el estudiante—, quiero, antes de irme, daros un testimonio fehaciente para demostraros que nunca es tarde para alcanzar el cielo.» Tomó, en efecto, el palo de caoba, y clavándolo en la tierra frente a la puerta de la casita madriguera, dijo: «Tan cierto y seguro es que mi palo brotará y tendrá hojas mañana, como podéis todavía obtener del Señor misericordia.» «Si tal cosa llegare a suceder, creeré entonces como el mejor de los creyentes», dijo el viejo, escondiéndose, y desapareció también el estudiante.

Al siguiente día, cuando se levantó el bandido, vió con asombro un árbol verde y frondoso delante de la puerta, que no era sino el palo de caoba que el estudiante había introducido en la tierra en señal de su misteriosa profecía.

El viejo derribó totalmente la madriguera y edificó otra casita en sitio distinto, donde no le persiguieron los recuerdos y remordimientos que allí dejaba.

Se arrepintió, convirtiéndose a Dios en cuerpo y alma, y siguieron también ese mismo ejemplo los doce hijos que tenía.

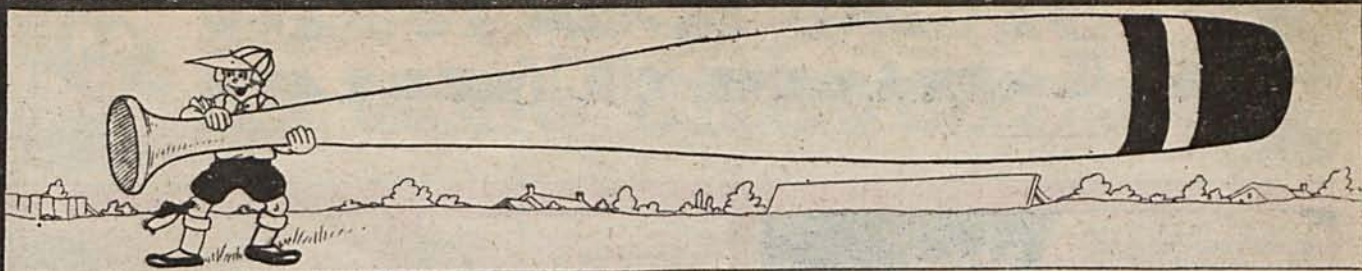
El estudiante se reunió, al fin, con sus padres, y ya no volvió a llorar más el pobrecito viejo al verle, como venía haciendo desde la fecha de su nacimiento, siendo un hecho cierto que desde entonces no volvieron a ver más al Diablo Cojuelo, ni tampoco se atrevió éste nunca a presentarse más en el pueblo, donde vivieron, de allí en lo sucesivo, todos alegres y felices, observando las leyes de Dios y de la Iglesia.

FIN

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones :::: en este mismo número. ::::







# COLORÍN y su PANDILLA



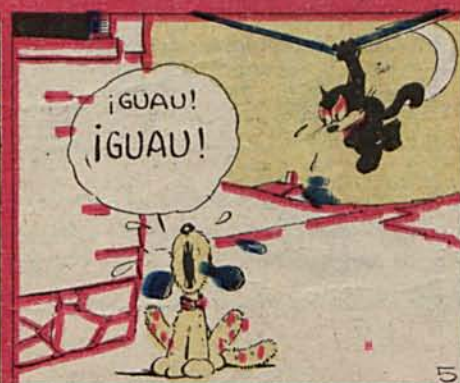




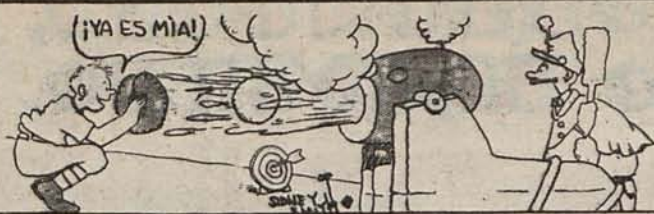
# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO











# **PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA**





# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

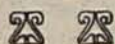
## ROMPECABEZAS DEL GATO, EL PERRO Y EL RATÓN



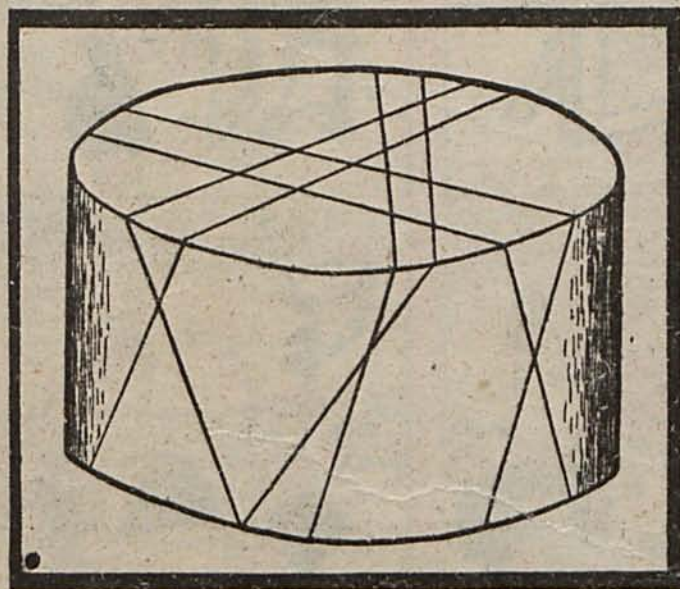
Estaba una vez paseándose por el río tranquilamente una señora Oca. Era un día en que había estrenado un espléndido sombrero de verano adornado con una preciosa pluma. Estando en lo mejor de su paseo, acertó a pasar por allí don Ranildo, que por cierto también había estrenado un elegantísimo traje de frac.

Como los dos eran muy vanidosos y los dos se creían dueños del río, empezaron a insultarse con ánimo tanto uno como el otro de que el contrario abandonase lo que él creía sus posesiones.

Esta escena la contemplan un perro, un gato y un ratón. ¿Dónde se ocultan?



### EL QUESO

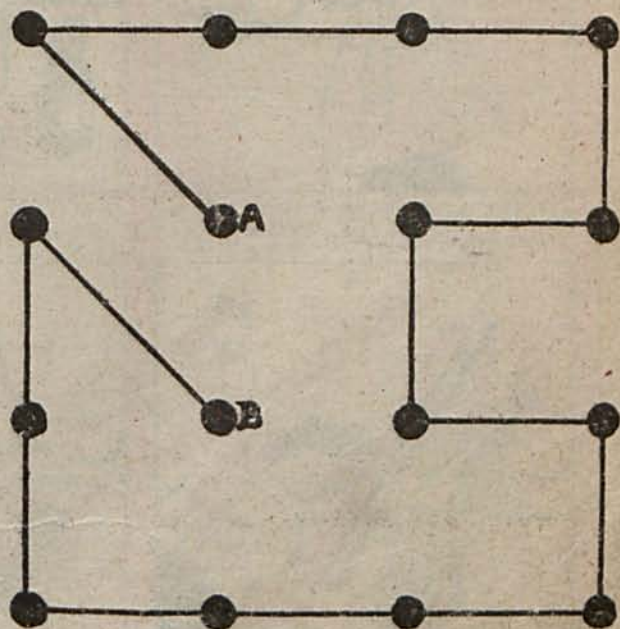


He aquí un magnífico queso manchego.

Como veis está marcado por varias rayas; estas rayas son otros tantos cortes que se han dado al queso, y estos cortes lo dividen en varios trozos.

¿Sabéis decirme en cuántos trozos está dividido este queso?

### LOS PUNTOS



En este problema se trata de unir los 16 puntos de que consta por medio de una línea lo menos quebrada posible, que partiendo de A termine en B.





# TRISTÁN EL PILOTO



HALLÁBANSE CONFERENCIANDO SOBRE QUÉ RUTA HABRÍAN DE SEGUIR



CUANDO APARECIÓ UN PINGÜINO PORTADOR DE UN DOCUMENTO



TRISTÁN, CON LA MOSCA EN LA OREJA, SE LO LEYÓ DE CABO A RABO



ENCONTRÁNDOSE CON QUE LOS PINGÜINOS LE DECLARABAN LA GUERRA



NUESTROS EXPEDICIONARIOS CONTUVIERON HEROICAMENTE EL AVANCE



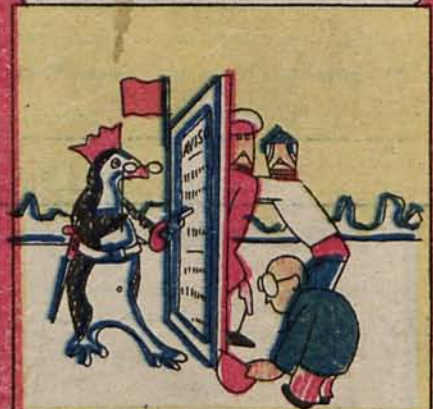
AGOTADAS LAS MUNICIONES DISPARARON CON BOTELLAS DE CHAMPÁN



CUANDO SE CONSIDERABAN PERDIDOS, TUVO PEÓN UNA FELIZ IDEA



QUE CONSISTIÓ EN FIJAR UN AVISO ANUNCIANDO QUE SE RENDIAN



AL OÍR DEL BOTÍN DE LA CASITA ACUDIÓ EL PROPIO REY DE LOS PINGÜINOS



PERO CUANDO LEÍA ENTUSIASMADO EL AVISO, CAYÓ EL POBRE EN EL CEPO.



Y DIJO TRISTÁN QUE, O SE IBAN LOS PINGÜINOS O LE SALTABA UN OJO AL MONARCA



CON SEMEJANTE AMENAZA NO QUEDÓ UN PINGÜINO EN CIENT LEGUAS A LA REDONDA

Castillo



# COLABORACION PINOCHISTA

## DIBUJOS



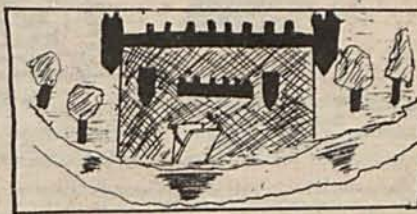
Un «auto».

LORENZO MORALES.  
11 años. Barcelona.



Paisaje marroquí.

SANTIAGO CABEZAS.  
13 años.



Un castillo.

MANUEL ROBLES  
11 años. Madrid.



Gasparito.

JUAN E. VAL  
DÉS. Panamá.



Don Turulato  
JOSÉ MARÍA  
GARCÍA DE LA  
INFANTA.  
12 a. Madrid.



Amparito.

ALICIA MARTÍNEZ.  
13 años. Madrid.

**El lirio cantante.**

Margarita era muy pobre, tan pobre, que vivía en una choza miserable. Un día se le apareció un hada en sueños que le dijo: «Si buscas el lirio cantante harás tu felicidad.» Al día siguiente, Margarita cogió un mendrugo de pan y se encaminó al monte. Fué por caminos y zarzas que ningún hombre había atravesado, pues tan pronto circulaba en el fondo de un barranco, como andaba por agrestes selvas. Sus pies sangraban, pues habiendo encontrado una viejecita le dió sus botas, y siguió andando con los pies descalzos. Por fin llegó a la puerta y vió allá, resistiendo al viento reinante, al lirio cantante. Se acercó a él, y en el momento en que lo tocaba se transformó en un príncipe, que le dijo: «Tú me has salvado, y me casaré contigo.» En aquel momento se oyó un estallido: era la bruja mala que había reventado de rabia, y en su lugar apareció un montón de monedas de oro. Recogieron aquellas monedas de oro y marcharon alegremente. Llegados al país de la felicidad (que era el reino del príncipe), se casaron y fueron todos muy felices.

Colorín, colorete  
por la chimenea sale Chapete.



### La felicidad.

Vivían en una choza tres hermanas muy laboriosas. Un día se les apareció un hada, y les concedió a las hermanas sus más vivos deseos. La mayor pidió ser reina; la otra pidió ser bella, y la tercera pidió ser feliz. Sus deseos se cumplieron, pues a los pocos días la mayor fué reina, y la otra una duquesa muy bella. La tercera se casó con un leñador y fué muy feliz, haciendo felices a los que les rodeaban, pues nunca tocaba a la puerta de la cabaña un pobre sin que recibiera un mendrugo de pan. Los años pasaron, y un día, dos damas elegantes, la una de aspecto enfermizo y la otra feísima, tocaron a la puerta. La joven fué a abrir, y ¡cuál no sería su sorpresa al reconocer a sus dos hermanas, que a causa de una revolución se habían escapado del palacio donde vivían! La joven las acogió, todos se reunieron y fueron muy felices, hasta que murieron de puro viejos.

PEPITA ELICEGUI.  
Doce años. San Sebastián.



### Cuento.

Vivía en cierto pueblo un rico y viejo mono, que tenía un sobrino más malo que Satan.

El sobrino era un holgazán de primera y un ladrón descarado. Cierta día, el sobrino del mono viejo se disponía a robarle unos cocos que guardaba en la despensa; mas de pronto siente que lo agarran por los calzones.

El que lo había cogido era su tío, que al ver que el ladrón era su sobrino, lo soltó y le dijo: «Si te quieres ganar cinco cocos vete al granero, y con una pala saca un montón de trigo que hay allí, que transportarás al otro departamento.»

El sobrino se fué con ánimo de hacer lo que su tío le había dicho; pero al ver el montón que tenía que sacar, se dijo: Ya veremos si voy a sacar eso de ahí, y se echó a dormir.

Cuando se despertó fué corriendo a la casa de su tío, y le dijo: —Tío, ya he sacado el montón de trigo que usted me dijo, y... deme los cinco cocos que me ofreció.

Pero el tío, con gran asombro del sobrino, le dijo: —¿Has hecho lo que te dije?

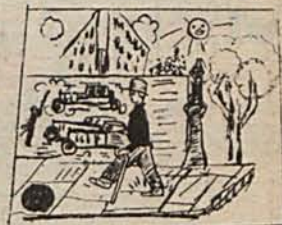
—Sí.

—Mientes, porque si lo hubieras hecho, hubieras encontrado los cocos, pues estaban debajo del montón de trigo.

Moraleja:

Quien mal anda,  
mal acaba

OSCAR LUIS BETANCOURT.



Mi amigo Pepito.

MARIANO URDIAIN  
9 años. Madrid.



Una bandada de patos.

JESÚS ANTÓN ABAD.  
10 años. Madrid.



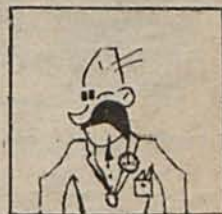
Mis amiguitos.

RODRIGO UTRILLA.  
5 años. El Bonillo.



Un barco de vela.

RAMÓN SANDO.  
8 años.



Don Turulato.

ENRIQUE MARTÍN.  
13 años. Madrid.



Pinocho.

ANGEL LÓPEZ.  
10 años. Madrid.



Jáuregui.

JOSÉ LLORENT MARA-  
NÓN. 11 años. Sevilla.



Pinocho.

ANTONIA SANZ.  
11 años. Madrid.



Un cadí.

MARÍA TERESA.  
12 años. Madrid.



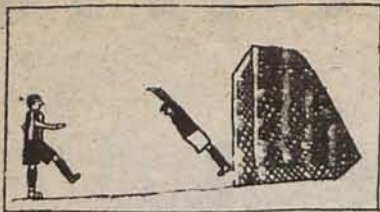
Pinocho baila con  
Pirula.

MARIANO U.  
9 años. Madrid.

### IMPORTANTE

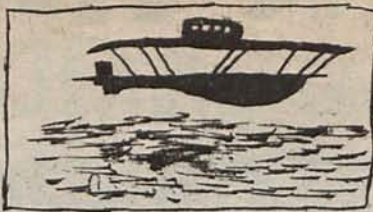
Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vayan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.





«Goals».

ENRIQUE MOLES.  
Diez años. Madrid.



El «Plus Ultra».

CARLOS ESCOSURA.  
Diez años.



En un desierto de Cafarnaüm.

MAGDALENA CANTILLO.  
Sevilla.



Dibujo.

JOSEFINA HERNÁNDEZ.  
Once años.



Una buena patada.  
JOAQUÍN ZUGASTI.  
Buenos Aires.



Una aldeana.  
INÉS MADROÑAL.  
Bacza.



Mi hermanita.  
FERNANDO GÓMEZ.  
Madrid.



Unas ruinas.  
MARIANO URDIAIN.  
Madrid.



¡Papaíto, cómprame  
PINOCHO!  
JUAN MUÑOZ.  
Málaga.



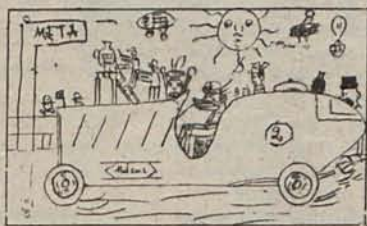
Un descubrimiento.  
LOLITA RODRÍGUEZ.  
Doce años. Madrid.



Japonesito.  
ADELA VIÑES.  
Doce años.



Castillo  
del siglo XV.  
VIRGILIO H.



Pinocho, ganador.

MARIANO ARANGUREN.  
Diez años. Madrid.



Conejito mecánico.

ANGELITA ADRIÁN.  
Madrid.



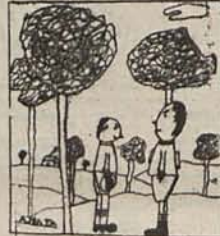
Una piña.

GILBERTO  
ARTURO.  
Panamá.



Un apache.

NICOLÁS MENÉN-  
DEZ.  
Madrid.



En el pascó.

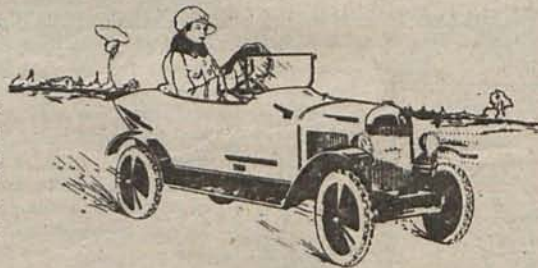
ANGELES MATA.  
Madrid.

## SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

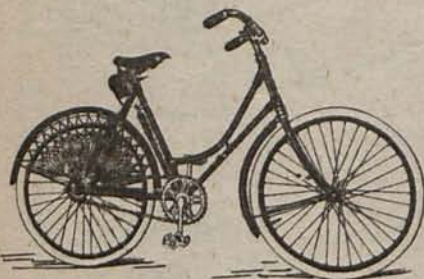
### PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



### SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

### TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

### CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma cadena de transmisión, etc., etc.

### QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

### SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

### SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarelas.

### DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

### CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

### NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, dónde viven esos animales nunca vistos, esos caballos con alas, esos dragones tremendos, esos teros peligrosísimos, que arrojan fuego y humo por sus ojos. En los libros, en las estampas de los cuentos, en los adornos de algunos edificios, así antiguos como modernos, he visto más de una vez esos raros animales, cuya existencia se me antoja problemática, casi imposible. Se parecen a los demás animales esos bichos a que me refiero; pero tienen, no obstante, una forma tan caprichosa, tan rara, tan arbitraria, que no sé dónde puedan vivir, crecer y multiplicarse. Por otra parte, no he oído referir nunca las hazañas de esos seres. Los veo en pintura; pero desconozco su historia. Sé, solamente, que la sirena vive en el mar; pero no sé su vida. Los dragones aparecen en los cuentos; pero no he leído nunca, en ningún periódico, una noticia como esta: «Un niño ha sido mordido por un dragón»; o esta otra: «en las playas de Santander, cuatro marineros han pescado una sirena». Ello te dará idea, querido buho, del deseo vehementísimo que tengo de saber dónde y cómo viven esos seres.

—Adorable Chonón: Eres el chico más curioso de la tierra. Me preguntas continuamente, sin descanso, día tras día, y tus preguntas son cada vez más difíciles.

—¿Mis preguntas?

—Tus preguntas, no; en realidad, la dificultad no se halla en la pregunta, precisamente, sino en la respuesta.

—¿Y no puedes contestarme, entonces, a lo que hoy te pregunto?

—Claro que puedo contestarte. Un buho lo sabe todo.

—Veamos.

—Los seres a que te refieres, querido Chonón, no existe en parte alguna.

—¿Cómo?

—Los seres a que te refieres no han existido nunca más que en la imaginación de los hombres. Primitivamente, los hombres, supersticiosos, creían en la existencia de animales extraños, a los cuales atribuían cualidades y fuerzas sobrenaturales. Creíase, por ejemplo, en el unicornio, animal que poseía, como su nombre indica, un solo cuerno, el cual estaba dotado de un poder mágico. La gente emprendía largas peregrinaciones para dar caza a ese animal. Visitaban la Arabia, la India y Marruecos, donde, según fama común, habitaba el unicornio. Nadie podría cazarlo con vestidos de hombres. Había que disfrazarse de mujer joven, perfumarse, y así ataviado, instalarse en la guarida del animal.

—¿Qué curioso!

—Pues de la misma forma se crearon seres fantásticos: los dragones, los dragones alados, las gorgonas, las sirenas, los obispos de mar, las serpientes de mar, los toros que despedían fuego por narices y boca, la hidra de muchas cabezas... El hombre ha creado esos seres, en su imaginación, y los ha dibujado, pintado o esculpido de distintas maneras.

—¿Y cómo son, es decir, cómo se representan las sirenas?

—Las sirenas se han representado siempre con medio cuerpo de mujer y medio de pez. Se suponía que estas sirenas desviaban a los navegantes con sus cantos dulcísimos.

—¿Y las gorgonas? ¿Qué eran las gorgonas?

—Las gorgonas eran unos monstruos infernales, que tenían una horrible cabeza de mujer, surcada de serpientes. Se suponía que sólo mirar a la gorgona causaba la muerte.

—¿Qué atrocidad!

—Pero relatarte ahora los infinitos monstruos que ha creado la imaginación del hombre, sería cuento de nunca acabar, querido Chonón.

—Ya me lo supongo. Además, no quiero que sigas.

—¿Por qué?

—He sufrido una desilusión.

—¿Cuál?

—Creí que esos animales, las sirenas, los caballos alados, eran seres reales.

—No lo son.

—Eso me has dicho.

—No te preocupes.

—¿Y dices que las sirenas tenían un aspecto agradable?

—Eran hermosas mujeres con cola de pez. Pero es lo cierto que las sirenas, tal como existen, son realmente desagradables, de aspecto por demás antipático. Tienen unos tres metros de largo. Estos animales, llamados manatíes, se alimentan de algas marinas, y en la superficie del agua, cuidando a sus hijos, tienen cierto aspecto humano, que desde luego fué el que ilusionó a los navegantes.

—No deja de ser interesante. Pero no deja de ser desagradable que sean las sirenas, precisamente las sirenas, de una fealdad escandalosa.

—Así es el mundo. Quiero decir, así son esos animales.

## CORRESPONDENCIA

Fernando Miguel del Corral, Manuel Fernández, Eloy Guerra, Pilar García Briz, José Roses Montes.—Recibo vuestras cariñosísimas cartas y vuestros trabajos. Lamento mucho, mis queridos Pinochistas, que vuestro deseo de publicar en mi revista os lleve, por otra parte, a remitirme colaboración a destiempo, como esta vez. No, mis buenos amigos. Por ahora no puedo admitir nada. Tengo que salir de tanto trabajo como tengo almacenado. Más adelante, los que sean suscritores, podrán remitirme lo que quieran, apenas se reanude el cupón de colaboración.

Inés Madroñal.—Mi queridísima Inés: Tu carta me ha gustado muchísimo, no sólo por la letra —¡qué letra más primorosa tienes!—, sino también, y más principalmente, por su contenido. No tienes que hacer nada para saber si te tocan los regalos. Basta con que leas todos los meses la lista de suscritores premiados. En ella te verás o no te verás. Aunque yo estoy seguro de que dada tu buena suerte, el mes menos pensado te encuentras con un regalo espléndido.

Un abrazo de Pirula, otro de Anita y otros muchos más de los demás.

Ricardo Duque.—Me pides opinión sobre los dibujos que me remites, y yo, concesiivo, te la doy. El barco, el castillo y el hombre que busca la redacción de PINOCHO son, a mi juicio, tres dibujos perfectos, insuperables. Algo como para acreditarse como dibujante, como gran dibujante, para toda la vida. Ahora bien: yo no puedo publicar estos dibujos (lee la primera carta de más arriba) y lo siento. Pero no mucho, la verdad. Eres suscriptor y estoy seguro de que, apenas se reanude la colaboración, me mandarás nuevas obras de arte.

Te felicito por éstas de hoy. Y te felicito además por tu prudente procedimiento de economía y ahorro. Un Pinochista como tú llega a donde quiera, como quiera y de la manera que quiera. Eres grande, Ricardo. No lo dudes.

Augusto F. Guardiola.—Poco le debe faltar a tu dibujo para salir. Tu Chapete, tu amigo Chapete —¡quién lo diría!—, aparecerá en PINOCHO, para orgullo de mi revista. Uno de los más bellos trabajos recibidos aquí es el tuyo,

que te acredita, desde hoy, como dibujante, como artista. ¡Bien, Augusto! Eso vale, ese Chapete merece todos los elogios.

Da recuerdos a Isabelita de parte de Pirula y Anita, y tú recibe, con mi enhorabuena, un abrazo muy fuerte, apretadísimo, de tu amigo de madera.

Antonio Garrido.—Los beneficios que obtendrás con la suscripción serán, no lo dudes, fantásticos. Ya lo verás. En cuanto al sorteo mensual entre suscritores, es el más bello y seguro de los sorteos. Yo espero que tío Juan accederá a tus ruegos. Yo estoy seguro. Ya te cuento, querido Antonio, entre mis suscritores.

A mis queridos concursantes.—Algunos Pinochistas me remiten a mediados de mes, es decir, a destiempo, una sola solución de los problemas que constituyen toda una serie. Y no debe ser así. Hay que mandar todos los problemas resueltos, de una vez, con su cupón correspondiente. Todas las soluciones que me remitan sueltas, sin su cupón, quedarán sin entrar en el concurso.

Angelita Domínguez.—No me acuerdo de tus dibujos; pero si llegaron a mis manos en buenas condiciones, como supongo, deben estar para salir. No te impacientes.

Pinita Peña.—Como eres suscritora, apenas se reanude el cupón de colaboración podrás remitirme cuantos trabajos quieras. Obtendrás un éxito, Pinita. Un éxito fabuloso. Palabra.

María del Carmen Salas.—Muy bien, queridísima María del Carmen. ¿Qué puedo contestar a tu carta? Me alegra, me complace, me enorgullece...

¿Pirula? ¿Preguntas por Pirula? También tan contenta. ¿Cómo no ha de estarlo con Pirullinas tan inteligentes como tú?

Antonio López Lería.—Me alegró de que salieses bien en tus exámenes, y me alegró también que te hayan permitido, como otros años, el veraneo en Biarritz con tu prima y D. Antonio. Eso está muy puesto en razón. Un chico, mejor dicho, un Pinochista como tú bien merece pasar unos días, descansando de su labor en Biarritz.

Afectuosos recuerdos de todos mis amigos.



# PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Junio.	Julio.	Agosto.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Concha de Grandes.—Si-güenza.	D. J. Luis Pacheco.—Briviesca.	D. Luis de la Vega Hazas.—San-tander.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Jaime y Pilar Milans del Bosch.—Málaga.	> Francisco Ibáñez y Pico.—Ma-drid.	> Jesús Villarreal.—Durango (Mé-jico).
Tercero. 10 ptas. en libros..	> Alfonso Ponte.—Madrid.	Srta. Pilar Aleu.—Madrid.	> José A. Basagoiti Noriega.—Madrid.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	Srta. Irene de Quesada.—Valencia.	D. Gerardo Larrea.—Llodio.	> Juan Miguel Ajbisu.—Irún.
Quinto. 3 ptas. en libros...	D. Mariano Guitián.—Madrid.	> José Igualada.—Málaga.	> Joaquín Méndez.—Iriga (Filipi-nas).

## PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



**Arturito Azpeitia.**  
Alorza (Teruel).—Premio 3.º del Con-curso de problemas y pasatiempos del mes de febrero.—15 ptas. en libros.



**Miguel Nollo.**  
Valencia.—Premio 35 del primer gran sorteo de regalos a los suscritores. Lote de libros.



**Pilar Alen.**  
Madrid.—Premio 3.º del sorteo mensual para los suscritores, correspondiente al mes de julio.—10 pesetas en libros.



**Francisco Ibáñez y Pico.**  
Madrid.—Premio 2.º del sorteo mensual para los suscritores, correspondiente al mes de julio.—15 pesetas en libros.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sola-mente entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen ce-lebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del úl-timo recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el es-pacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES POR año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **rega-los especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momen-to de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100**.

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. ....

calle de .....

núm. ....

Pueblo .....

Provincia .....

, se suscribe a

**PINOCHO** por (1)  $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$  cuyo importe de  $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas) .....} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas) .....} \end{array} \right\}$  remite a la Adminis-

tración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) ..... También remite 1,50 pese-tas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite ..... pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifiquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) E.º envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

### SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de Abril de 1926 admitimos **suscripciones a PINOCHO, certificadas**; es decir, que remitiremos cada número **semanal certificado**, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción certificada es:

Año.....	23 pesetas.
Semestre.....	12 —
Trimestre.....	6 —

### IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas in-dicaciones:

1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el nú-mero de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 cén-timos en sellos.





## DESVENTURAS DE LUCIO MIRAGUANO







# Sección PIRULA

## CONSEJOS DE PIRULA

*Para desenredar el pelo.*—El pelo

corto se enreda bastante menos que el pelo largo; pero aún quedan muchas niñas cuyos papás no han tenido el valor de cortarles sus lindos bucles; además, aun el pelo corto, si es muy abundante o después de una enfermedad, se enreda también. Para desenredarlo no deben darse «tirones» (por motivos que no necesito explicar, ¿verdad?). Lo mejor es espolvorear la cabeza con harina en abundancia; luego se separa la cabellera en ténues mechones y se desenredan uno por uno, empezando por las puntas.

A no hacerlo así... ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!



## PIRULA, REPOSTERA

*Mojicón de Tin y Ton.*

Al dar al mojicón, cuya receta va a continuación en esta sección, el nombre de Tin y Ton, los chicos de Corretón, no obedece a otra causa más que al gusto de hacer una especie de verso... muy malo; en cambio, el pastel en cuestión es riquísimo, y os deseo que no tardéis en comprobarlo.

Se trabajan tres yemas con 125 gramos de azúcar; se añaden tres cucharadas de fécula de patata y una de polvos de levadura; se baten las tres claras aparte, a punto de nieve; se mezcla todo y se mete en el horno, en un molde previamente untado de manteca.

Cuando después de cocido se saca del horno este bizcocho, puede partirse por la mitad en sentido horizontal, extender una capa de mermelada y volver a colocar, una sobre otra, las dos mitades. Después de esta pequeña operación, no lo dudéis, aumenta notablemente las propiedades sabrosas del «mojicón Tin y Ton».



*Un alfiletero.*—Ahí va Don Pampringao tan ufano y presumido. ¿Por qué gasta tantos humos? ¿Acaso porque su chistera parece un tubo de una chimenea? No; más bien será porque estrena un flamante traje azul, y porque lleva los ojos tras del escaparate de unas gafas enormes y redondas, y porque su corbata es casi más roja que su nariz, y porque su mostacho está recién teñido y sus guantes amarillos son dignos de un quinto de cuota.

Sin embargo, con tanto presumir, Don Pampringao, quieras que no, es... un simple alfiletero.

Y, por supuesto, de los más ordinarios y baratos que venderse puedan. Ahora, que con unos toques de pintura y con un redondelito de cartón o de madera, que figura el ala del sombrero de copa, ya va Don Pampringao más orgulloso y más tieso que si se hubiera tragado un sable. Verdad es que unas cuantas agujas sí que pueda que las tenga en el cuerpo.

